

“...eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso sino mi Padre...” (Mateo 16,13-19)

Celebramos a San Pedro y San Pablo. Ambos fueron referentes de la primera comunidad de cristianos. Pedro tuvo el privilegio de compartir con Jesús su vida pública. A pesar de la fragilidad desde la cual negó conocer al Maestro, éste le eligió para que mantuviera unidos a los discípulos. Pablo por su parte, a partir de su conversión camino a Damasco, fue el predicador itinerante más revulsivo de la época fundacional de la comunidad de creyentes.

Ambos, movidos por el Espíritu, fueron y son biografías prototípicas en las que todos los creyentes pueden confrontarse.

El pasaje evangélico que hoy reflexionamos nos presenta a Pedro proclamando que Jesús es el salvador esperado: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.”* El mismo Jesús se encarga de hacerle ver que no ha sido su inteligencia la que le había llegado a tal conclusión sino que esa proclamación era fruto de la acción del Espíritu del Padre en su vida.

Esta misma dinámica es la que debe caracterizar a todos los seguidores de Jesús. Sus vidas, sus opciones, sus convicciones, no son el simple resultado de los propios esfuerzos, sino que siempre podemos encontrar en ellos la acción de Dios. De hecho, se trata de una experiencia que en muchas ocasiones el creyente reconoce como inexplicable desde su debilidad.

¿Cómo si no comprender la superación de las propias tendencias para perdonar al que ofende, para anunciar la Buena Nueva en contextos hostiles, para retomar la andadura cuando las realidades nos hunden, para confiar cuando todo parece oscuro a nuestro alrededor, para mantener la alegría y la serenidad en la contradicción, para ser solidarios en lugar de ponernos como centro del universo...? En más de una ocasión podemos reconocer que *“nadie de carne y hueso”* podría llevar adelante tales actitudes a no ser que contara con la gracia de Dios.

La Palabra nos invita a reconocer el paso de Dios en nuestras vidas. Un paso caracterizado por el sigilo, el silencio... pero que sin él no podríamos comprendernos en la dinámica como seguidores. Es bueno y necesario hacer ese ejercicio mental para reconocer a Dios presente en nuestras vidas, para leer día a día su paso entre nosotros. Nos ayuda a vivir con mayor responsabilidad y gratitud. Demos gracias por tantos “Pedro y Pablos” que son instrumentos eficaces de la presencia de Dios y por las maravillas que – como expresó María en el Magníficat - Dios continúa obrando ellos.

Daniilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

